

Fecha 25.01.2010	Sección Opinión	Página 2
---------------------	--------------------	-------------



Disyuntivas

Aranca hoy el foro que convoca el Senado sobre la reforma política. Importa oír a los expertos, pero lo importante es la decisión política que se tomará fuera del foro.

Lo central de esa decisión es para qué se quiere la reforma, cuáles su propósito. Hasta donde puede discernirse en los intercambios públicos que refleja la prensa, compiten propósitos no necesariamente inconciliables pero sí divergentes.

Creo que hay dos divergencias o disyuntivas claves.

La primera es si se quiere una reforma para inducir la formación de mayorías en el Congreso (50 más 1), o si se quiere mantener la situación actual, en que la oposición será siempre mayoría en el Congreso y viceversa: el gobierno siempre minoría en el Congreso.

La segunda disyuntiva es si se quiere fortalecer la Presidencia o si se quiere debilitarla más, sujetándola a mayores controles por parte del Congreso.

Mi convicción es que hay que inducir la formación de mayorías y fortalecer la Presidencia. Trece años de gobiernos divididos, en los que el partido en el poder es minoría en el Congreso son suficientes para probar que el camino elegido en la reforma del 96 fue equivocado. El pleito reina sobre el acuerdo, y el gobierno está paralizado.

El país venía huyendo de las mayorías abusivas

del PRI y los reformadores pactaron en 1996 un sistema en el que ningún partido pudiera tener la mayoría en el Congreso.

Su cálculo fue que si nadie obtenía la mayoría todos se verían obligados a llegar a acuerdos. Desde entonces nadie tiene la mayoría en el Congreso, pero nadie tampoco llega a acuerdos. Hay excepciones notables al desacuerdo, pero son eso: excepciones. (Un análisis extraordinario de este proceso puede leerse en José

Córdoba: "Para gobernar México", Nexos, diciembre 2009).

Veníamos huyendo también de los presidentes sin control y los queríamos controlados por el Congreso. Terminamos construyendo una Presidencia débil a la que el Congreso puede bloquear al punto de impedirle viajar al extranjero o presentarse en su recinto a echar un discurso anual.

La fórmula del 96 ha producido gobiernos débiles y congresos fragmentados donde las fuerzas políticas de oposición tampoco constituyen una mayoría real, es decir, no toman en sus manos las decisiones que el país necesita porque tampoco están de acuerdo entre ellas.

De modo que ni tenemos un Presidente fuerte ni tenemos un Congreso fuerte. No es la mejor de las fórmulas para un país que necesita hacer cambios fundamentales en casi todos sus órdenes. ■■

acamin@milenio.com

